

Cosquillas

30 céntimos



Hoy le toca al mar.

Dib. de Demetrio

Demetrio

Biblioteca Regional de Madrid



La hermosa Alice Blake en la película *Intransigencia*.

Foto: *Ernesto González*.

24918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

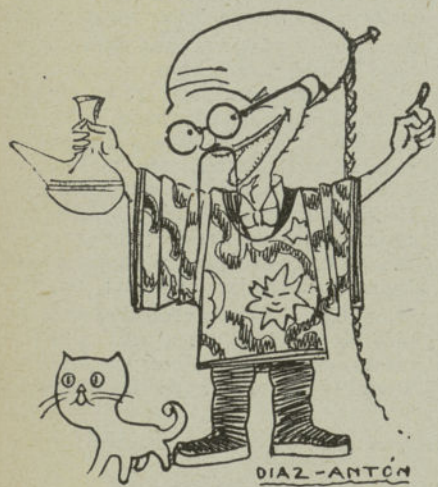
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 9 de Julio de 1927

Núm. 41



DIAZ-ANTÓN

Cositas en estado de feto

por

"El Chino desconocido"

Lo que he leído en "La Voz" del viernes pasado me produjo una diarrea de indignación: La cosa ha ocurrido en Berlín, en el teatro de La Opera Comica. ¡Maldito sea mi cuerpo!...

Se representa en ese coliseo berlinesco con un éxito que si lo agarra Azorín se dedica al astrakán para toda su vida, una obra en la que se elogia a la mujer hasta la exaltación, bueno; pues una colección de *cebús* de la casta de los "¿La piso?", familia de los sarasaceus, que forman una sociedad que titulan ellos "Los derechos del hombre", asistió una noche a La Opera Comica con el *asarsado* propósito de patear la susodicha obra. Y en plena representación prorrumpieron en gritos de "¡Abajo las mujeres!" "¡Vivan los hombres!"

Como aquí no hacemos más que quejarnos de nuestras cosas y elogiar las costumbres del extranjero, voy a hacer astillas una lanza a favor de nuestras autoridades, y al que crea que esto es una pelotilla que lo aten en traje de

baño en la sala de actos de la sociedad "Los derechos del hombre", ¡que ya va listo!

Si el repugnante espectáculo se da en un coliseo de la Corte, sacan a los revoltosos *mariposas* a salvazos nuestros agentes de la autoridad.

¡Vamos que si estoy yo allí... me cargo a alguno!

El eclipse de sol nos ha jugado una pasada que cuando menos a este humilde servidor vuestro y chino honorario, le ha salido por un resfriado de los de orla.

Como ya apretaba el calor en los últimos días de junio, servidor se había despojado de la elástica y un poco de la piel en lo que refiere de cintura *pa* arriba; y en lo que respecta del talle para abajo había llegado a la mayor indecencia en lo íntimo de mi hogar, tanto, que cuando llamaban a la puerta

me tapaba con un periódico hasta saber quien era. ¡No les digo más! Pues, bien; confiado en que la temperatura había de ponerse aún más enamorada, suprimí el periódico hasta cuando llamaban a la puerta, y esa determinación ha sido la causa del desavío: de pronto noté un dolor en los riñones que no me puedo enderezar. Si quiero mirar a los aeroplanos me tengo que tumbiar en el suelo boca arriba: *Antiyer* me visitó una hermosa excupletista ya jamoncita y cuando se sentó y vió que yo permanecía inclinado como si me fuera a poner de rodillas, se ruborizó a medias y exclamó "¡Chino Desconocido, que puede venir gente!"

¡Estoy hecho un garabato!

¡Acontecimiento!

La BIBLIOTECA DE COSQUILLAS pondrá a la venta, a mediados de mes, su número 5, EXTRAORDINARIO, el cual se titulará PIERNOGRAFÍAS.

El texto y la mayor parte de los grabados, en color y negro, son de DEMETRIO. Una buena parte de los dibujos son de Picó, el estupendo discípulo de DEMETRIO.

El número, que lleva doce páginas sobre papel *couché* a más de las 32 de texto y grabados de línea, contiene cuatro estupendos dibujos a color de las más hermosas piernas y varias fotos de los diferentes tipos de piernas que se agitan en este pícaro mundo.

50 céntimos será el precio de este extraordinario, y resultará regalado.



Cuando un señor corpulento te pise un callo dejándose caer con todo su peso sobre tu pie, procura hacer esto que te digo si no pierdes el conocimiento, que se otorgan casos. Si ves que no puedes con él, procura disimular y saca cauteloso un gran martillo, que debes llevar a prevención para estos casos y para los de "sablazo pertinaz". Cuando te hayas escupido las manos y tengas bien asido el martillo, sacúdele quince o veinte martillazos en el sitio por donde viene a estar el hígado, ¡lo demás es cosa del sepulturero!





¡El automóvil, mamá!

"ROMA, 27.—El conde Abatino ha desmentido categóricamente la noticia publicada por la Prensa mundial de que iba a unirse en matrimonio a la famosa bailarina negra Joséphine Baker."

(De los periódicos de estos días.)

¡Diablo de Josefinita!... ¿No os acordáis de ella?... Sí, hombre, sí... aquella mulata cuarterona, tan esbelta, tan alegre, tan infantil, que hace tres o cuatro años se divertía en Maxim's y alborotaba en los Burgaleses a toda hora, siempre dispuesta a sorberse un par de "Wiskis" con agua caliente y zumo de limón y a rendir a los mejores "charlestonianos" de la concurrencia. ¡Era un espectáculo la chiquilla insaciable! El cabaret se llenaba con la fresca risa de su boca grande, en la que relucían los blancos dientes de animalito joven. Visitaba todas las mesas. Bebía en todas las copas. Se colgaba de todos los cuellos. No le daba importancia a los besos ni a las exploraciones más atrevidas de los rijosuelos. Chapurreaba un lenguaje monosilábico que era como el gozoso quejido de las desfloradas. Y, en el fondo de sus enormes ojos—todo luz—, se advertía ya una voluntad tan firme, un tan firme propósito de no dejarse dominar por el macho, que, deseándola todos, nadie, empero, se atrevió, jamás, a proponerle un compromiso de amor que traspasase los escasos minutos que ella concedía a sus adoradores..., cuando se la antojaba.

Ahora la Baker es el ídolo de París. La reputan la mejor bailarina del mundo. Gana miles y millones de francos. Son famosas sus joyas y sus vestidos, sus cuerdas y sus palacios. La han ofrecido su mano aristócratas y potentados e impone la moda a las mujeres blancas—¡a las elegantísimas mujeres parisinas!—, que no se explican como esa mulatita, que parece un "botones" de Casino, vuelve tarumbas a los hombres, y los arruina y los envilece...

El conde Abatino no ha procedido cuerdateamente haciendo publicar en la Prensa mundial la desmentida al rumor de su matrimonio. Se hubieran posado en él las miradas de las hembras más hermosas de Europa y de América an-

helando conquistarle al solo objeto de vengarse de la rival odiosa. Tendría a estas horas más popularidad que Lindberg. Le sería dado vanagloriarse de haber batido un "record" más difícil que dar la vuelta al globo sin escalas. Desde su tumba, Rodolfo Valentino le tendería la mano, nombrándole su sucesor...

Pero yo quiero encontrar justificación al renunciamiento suicida de este conde italiano que no es, sin duda, un loco. Y lo hallo recordando como Josefina perdió en Madrid la oportunidad de vivir una vida fastuosa a la que la invitaba, rendido y presto a todo, un caballero cuyo nombre no doy por razones de fácil entender...

Es el tal un opulento sesentón, de no mala presencia, que se hizo presentar a Josefina en un discreto "rendez-vous" y que, creyendo deslumbrarla, la ofreció en el momento lo que a ella le fuera máspreciado sin tasa ni medida: dinero, alhajas, pieles; lo más caro y más raro de cuanto había en la Corte y fuera de su gusto... Josefina le miró compasiva y limitó su anhelo. Con un auto se juzgaba dichosa... Un auto—eso sí—, que era como una joya... Un auto pequeño esmaltado en azul, fino de línea, tapizado como un estuche, coquetón como un rincón de "budoir" de princesa; un auto para amarse a toda marcha y para hacer amables, a través de sus cristales límpidos, las hoscas perspectivas del paisaje castellano, tan árido y tan pando... Lo que Josefina quería era, en suma, un juguete, un "Erskine", un nido, correr, volar, lucirse en un trono ambulante, hacer sonar el claxon para espantar a sus enamorados; que la admirasen dentro del precioso joyel, estar ahora aquí y en seguida acullá; visitar en una noche todos los "cabarets"; en una tarde, todos los paseos aristocráticos; en una mañana, en una hora a todas sus amigas... ¡Un Erskine, un Erskine!... Y el pretendiente la compró un Erskine; una preciosidad de coche que parecía construido por hadas para alojar muñecas; un "bibelot" cien veces máspreciado y milentamás precioso que aquellas sillas de manos—oro nácar—, en que iban a Versalles las damas de la Corte del



¡Tú eres feliz morronguita mía!... Tú no sufres más que en enero...

Dib. de Picó.

Rey Sol, la triste de la Sonatina de Rubén...

Y, dentro del Erskine, Josefina al volante y el caballero junto a ella, las primeras palabras de Amor, las demandas de pronta recompensa...

—¿Eres feliz?...

—Lo soy.

—¿Podré llamarte mía?...

—¡Calla!

—¿Vivirás a mi lado?...

—¡Qué calles, digo!...

—¿Me otorgarás tus besos?... ¿Me permitirás que te cele, que te absorba, que te haga mía por siempre y para siempre?...

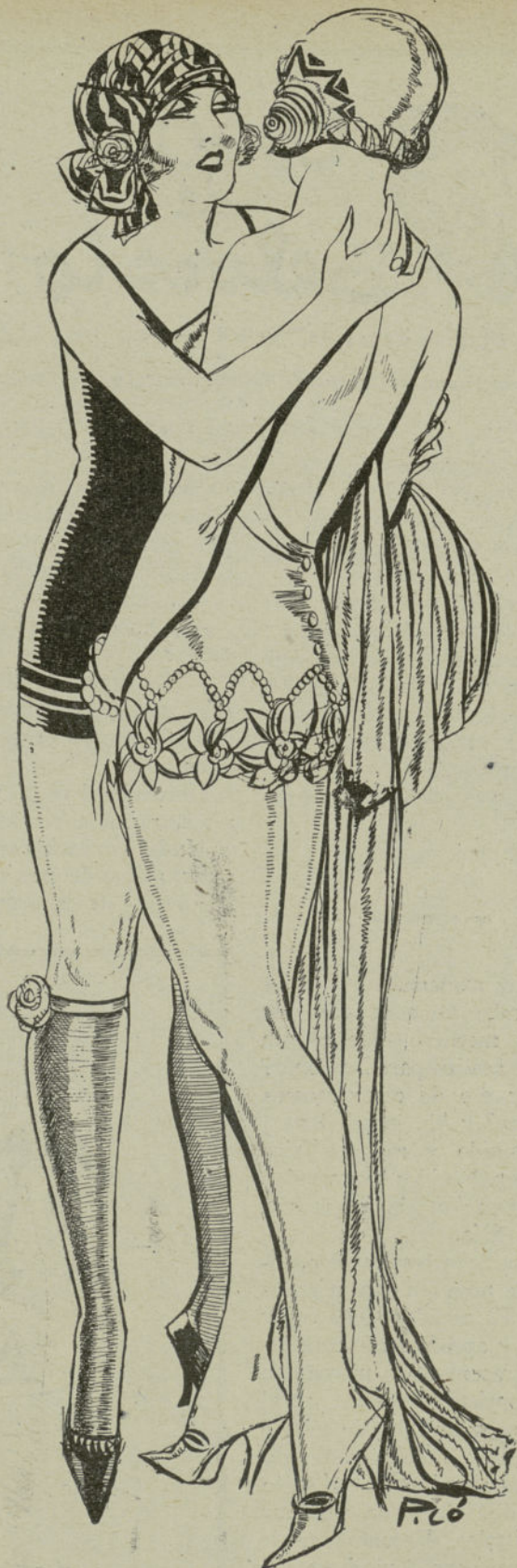
Pero Josefina ya no hablaba. Nerviosa, encendida, tremante de gozo, su gracil cuerpo se estremecía de placer retrepado en el butacón de conducir, mientras el coche volaba por la carretera... Tan sólo al detenerse y al saltar a tierra reanudó con su amante la interrumpida charla...

—Mira, ciélin—le dijo—: yo no puedo engañarte. Este coche, cifra de mis deseos, es tu solo rival... ¡Esto, sí te lo juro!... No seré de otro hombre; pero tampoco tuya... Me lo has comprado para llevarme en el al jardín del Amor y, aunque hemos ido juntos, cuando tú no has llegado yo ya estoy de regreso... Tanto gocé en la prueba que apetezco descanso... ¿Me perdonas?... No regales a ninguna muchacha que te inspire deseos un Erskine tan seductor como éste... Hazla que se conforme con un Ford... Con mi consejo te devuelvo el bien que tú me has hecho... No te enojés... Sé bueno... No te indignes"...

¿Sabrá esta historia el Conde de Abatino? Si la sabe, realmente se explican sus escrúpulos. Y ahora caigo en que, con la noticia de la boda, en éstos mismos días, han dicho los periódicos que Josefina Baker había logrado, tras lucidos exámenes, su "brevete" de "chauffeur"...


LEOPOLDO BEJARANO.

Nuestro próximo número será el Extraordinario de Verano, en el que hemos puesto nuestra escasa inteligencia y casi todos los redaños de que somos poseedores. 50 CENTIMOS será su precio, pero su valor será sólo comparable al de un aviador de estos que se atraviesan el Atlántico como el que se salta un arroyuelo. ¡Vaya planas en color, y vaya fotografías, y vaya... ¡vaya usted preparando las insignificantes cinco perras obesas!



—¡Ay; déjame que me bañe agarrada a ti porque tengo mucho miedo!...

—No puede ser, riquina. Entorpecerías mis movimientos y nos podríamos ahogar las dos: ¡A ver si te has creído que el mar es un sofá!



Cosas de Belorcio

Monsieur Cornichet, ¡voilà!

Lectoras, lectores... ¡Soy feliz!
Soy extraordinariamente feliz.

Desde la muerte de Fritz, el di-
lecto teutón, tan simpático, tan in-
genuo, yo me había quedado muy
triste.

Mi rostro tenía constantemente
un gesto de tristeza, de amargura...
Ese rictus antipático que nos deja
en la faz un dolor de estómago o
la lectura de la *Gaceta Literaria*...

Y es que Fritz representaba para
mí una gran ayuda...

¡Ah, pero ya puedo consolarme
de su óbito!

Veréis por qué.

Fué la otra mañana.

Me dedicaba yo a la caza de
moscas con mechero, que es un
ejercicio que realizo para... ¿Cómo?
¿Que qué es eso de cazar moscas
con mechero? ¡Ah, sencillísimo!
Muy entretenido y más práctico
que todos esos líquidos que venden
para la extirpación de insectos y
que son una filfa.

Mi sistema debe emplearse cuan-
do la mosca posa en los cristales
del balcón. El cazador debe coger
el mechero y aproximarse cautelo-
samente al trasero de la mosca; en
seguida se aprieta el resorte, ¡tas!
y la mosca pega un salto de ocho o
diez centímetros y mira como di-
ciendo: "¡Caray qué tonta, qué susto
me he llevado!" Y torna a patear
por los cristales. Entonces se le
vuelve a aproximar el mechero con
la llama encendida. Le ve llegar la
mosca y piensa: "A mí, sí; que
crees tú que me vas a asustar dos
veces", y se está quieta... A los
veinte segundos es un átomo car-
bonizado. Se trata de un ejercicio

higiénico que facilita mucho la la-
bor intelectual.

Bueno, pues iba yo por el nove-
no achicharramiento, cuando irrum-
pió en mi despacho el botones de
COSQUILLAS demandando original.

—¡Caray, no me acordaba!

—¿Quiere usted que vuelva más
tarde?

—No, espera. Vete a la cocina y
echa una grecorromana con la chi-
ca en lo que yo pergeño unas cuar-
tillas.

Obedeció el zagal y yo comencé
a torturarme el torrao...

Nada. Un vacío parejo al de cual-
quier teatro de postín.

En esto, un campanillazo. ¿Quién

será? Sentí, allá en la cocina, el ro-
ce precipitado de dos personas que
se levantan del suelo—el chico, que
había sido obediente—, en seguida
el ruido de la puerta al abrirse y
una voz gangosa que interrogaba
con acento gallo muy marcado al
realce.

—Pagdon, señoguitta... ¿Se está
él a la casa mesié Belogsio?

—Sí, señor. ¿A quién le anuncio?

—Siñ vu ple, madmoasel; pardón,
dígame que se viene a vegle mesié
Cognichet, de Magsella...

—(¡Cornichet! ¿Quién será este
Cornichet?—murmuré yo). Y aña-
dí en alta voz: "¡Que pase!

Oír lo del pase y arrancarse Cor-
nichet a mi despacho fué simultá-
neo.

—¿Mesié Belogsio?

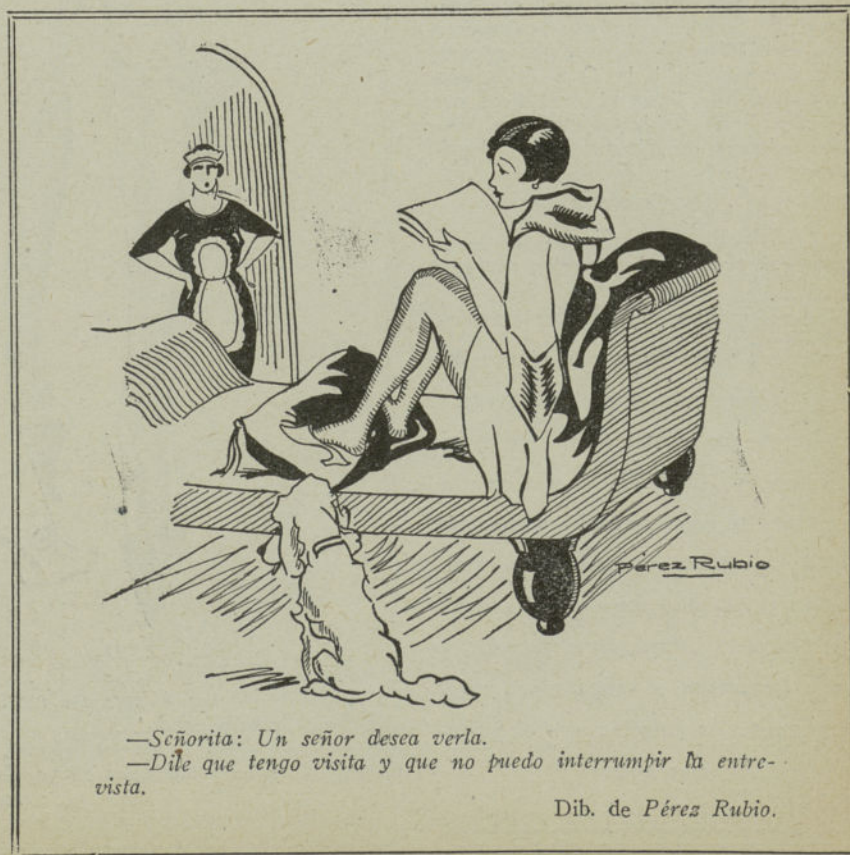
—Servidor de usted.

—¡Oh, que yo soy contento de
conocegle, mesié Belogsio! ¡Veg-
dagedamente encantado!

—Usted perdone, pero...

—¿Que no me conose, verdad?
¡Oh, la, la, la! Ya me sé yo esto que
no me conose... Me no me impogta,
mon Die...

—Le diré a usted, efusivo gallo...



—Señorita: Un señor desea verla.

—Díle que tengo visita y que no puedo interrumpir la entre-
vista.

Dib. de Pérez Rubio.

—Mig diga, me diga... ¡Yo me estoy el susesog de Fritz...!

—¿Cómo?

—Que yo me sé que usted se está muy triste por la muerte de Fritz y yo me quiere estar su susesor. Es por esto que yo me viene a su casa...

Me apoyé en los cortinones.

Me invadió el júbilo.

—Pero, mesié Cornichet... ¿Usted se cree reunir condiciones para tanto...?

—Oh, yo sí, ¡ya me lo creo!... Migue: yo me vengo aquí...

—¡No!!

—Me çi; yo me vengo a España solamente por la fama galante de esta bella tiega. Nueve meses me llevo a ella y ya me están susedidos casos verdadegamente galantes... Yo me viene a contagle a usted uno de estos pog que le sigva de la prueba.

—¡Pobre Fritz! No creo que pueda tener fácilmente sustituto.

—Me si...

—Bien. Ya que usted se empeña probaremos.

—¡Oh, la, la! ¡Que yo me soy todo contento...!

—Venga, mesié Cornichet. Cuénteme algo.

—Pagdón, sil vu ple... Alón...

—Escucho...

—Yo me tenía una amigueta tra yolí a la rue de le Petit Chapó...

—¿Cómo?

—Aquí se le dise del Sombreguete...

—Continúa.

(¿Te parece, lector amigo, que lo dejemos para el número próximo? Desde luego te empeño (y te vendo la papeleta) mi palabra de honor de que Mesié Cornichet puede ser un digno heredero de nuestro amigo Fritz.)

BELORCIO

FOTOGRAFÍAS

GALANTES: RARAS

Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correos

Escribid a **Excelsior**, Poste Res-tante Central.

BORDEAUX (Francia)

DANCING

Sobre el fondo de oro que decora al salón se recortan siluetas de parejas que danzan. (Los ojos muy brillantes, la boca un corazón). Las notas de un "blak-botton" que los músicos lanzan.

La última romántica se emborracha... de ambiente; un "clubman" melancólico, borracho de champaña entona un canción y divierte a la gente. Una joven inglesa luce un clavel de España.

Afrodita triunfa como triunfa Pan, como triunfa Baco y las horas se van rápidas, mientras dejan su paso al nuevo día.

De un beso el rumor suena, luego una carcajada; una nena solloza ante una flor ajada y llega con las luces una melancolía

que nos hace ser buenos y olvidar el placer que brindan unos labios pintados de mujer.

ANGEL DE LAS BÁRCENAS.



—¡Qué ganas tengo de bañarme con aquel bañero! ¿Te acuerdas?

—¿A qué tan fuerte? ¡Ya lo creo!

—¡A veces parecía de hierro!

Dib. de Picó.

Notas de Sociedad y movimiento veraniego

Por AMARANTO

¡Ya han caído noticias pagadas!

¡Si no tenía más remedio que ocurrir! ¡Si hay mucha gente de la que hay que decir todo lo contrario de lo que son, y lo que hay que decir de ellas es que son muy buenas! En cuanto he amenazado con el *chantage*, han acudido como mariposas atolondradas a suplicarme que acepte el sobrante de sus comidas y a ofrecermé todos el calzado que desechen. ¡Si no podía fallar! Ya ven ustedes todas las noticias de hoy son de pago; lo menos once reales le saco hoy a la sección. ¡A mí, dinerito!

* * *

La bellissima esposa de don Apocado Dalante, ha dado a luz, como el que lava, un robusto infante que es casi seguro que llegue a parecerse a su papá, el cual anda escamado por las más apartadas habitaciones de la casa. Deseamos al señor Dalante que haga cuantos esfuerzos de imaginación pueda por desecher las torpes sospechas que le torturan.

(Esta noticia insidiosa se refiere a uno que no se quiere sacudir.)

* * *

Por una diferencia de once duros no ha verificado la venta de su magnífico palacio de las Cuarenta Fanegas el acaudalado banquero don Abonaré Alavista. Dice que le ha costado a su señora muchos sudores el ganar el dinero que costó la elegante mansión.

* * *

Es un bocaza todo el que diga de la arrogante esposa de nuestro particular amigo el filántropo señor Escaso, que ella se restriega por las paredes desde que conoció en la verbena goyesca al popular lidiador de reses enfurecidas, Ulpiano Cascajales "El adolescente de la Tripona". Lo que le acontece a la bellissima dama es que en estos días

últimos de junio, en que apretó el calor, el único consuelo que tenía era lo fresquito de la *pader*, porque eso sí; el señor Escaso, como filántropo, es don Mecenás, pero como consuelo es una puñalera birria. (Noticia pagada por la señora de Escaso; me ha dado por su publicación ochenta céntimos y unas ligas usadas por ella, que en cuanto las huelo aborregó los ojos).

* * *

Para Zarzalejo de la Arrastrandilla y para acampar en las afueras del elegante pueblito han salido los señores de Culantrillo, que acaban de poner de largo a su bella hija, la señorita Arrepentimiento Culantrillo.

Excusamos decir lo linda que está la monísima hija de Culantrillo con el borde de la falda a la altura del lugar del suceso.

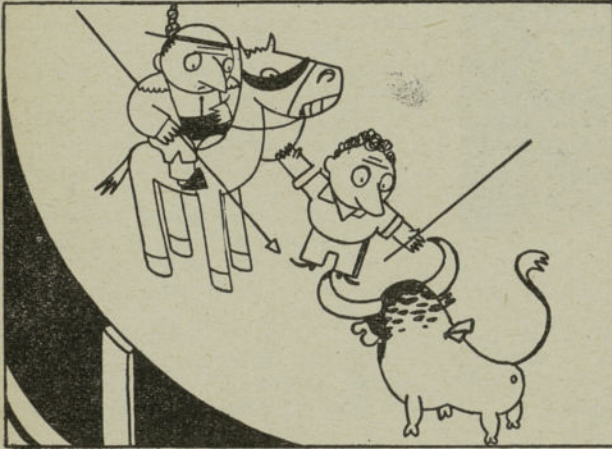
"AMARANTO"



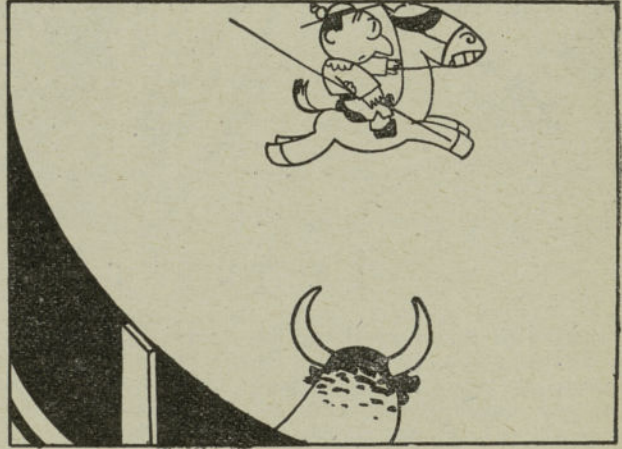
MADRINA DE GUERRA, por Demetrio.

¿Qué hará ahora mi ahijado? ¿Estará durmiendo la siesta sobre el duro suelo teniendo aquí una hamaca... habitada?

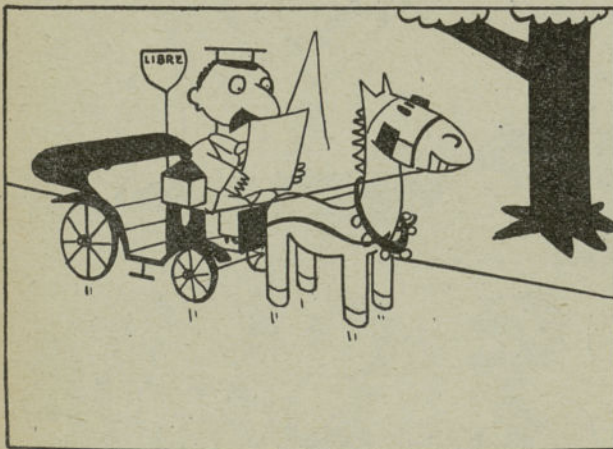
EL CABALLO, por Mihura



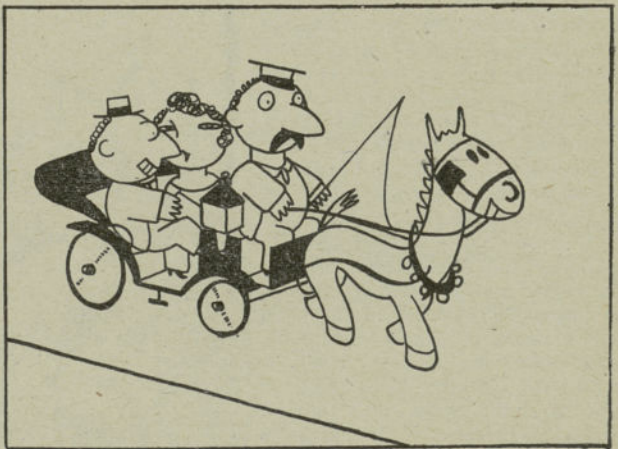
Aquel caballo tenía una profunda aversión a los toros.



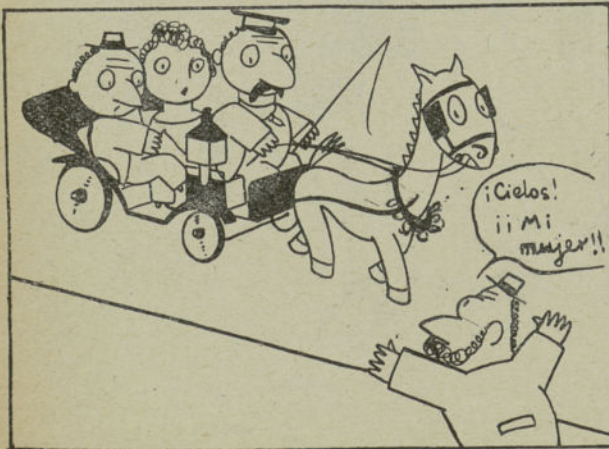
En cuanto veía unos cuernos salía arreando.



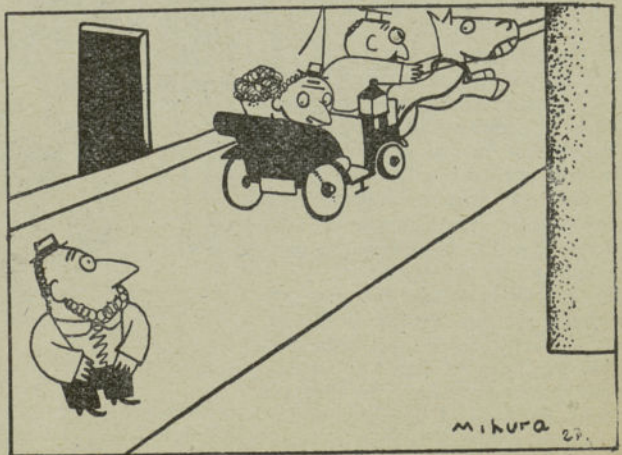
Por lo que tuvo que volver a su antiguo oficio de arrastrar coches.



Siendo el preferido por las parejas amorosas...



...porque, siguiendo su antigua costumbre, en cuanto veía esta escena...



Salía de naja con gran complacencia de los amantes.

Mihura 27.



LA TRINI

No siempre he de ser yo el que les cuente a ustedes historias al oído. La Providencia ha hecho que, en la presente semana, ocurra lo contrario. Dos comadres, sin proponérselo, me han referido, charlando a mi lado, una historia edificante. Y yo me he apresurado a ponerla en romance liso y llano para regocijo de los numerosos lectores de COSQUILLAS.

Fué hace pocas tardes. Pasaba yo por la plaza de Santa Ana y mi afición a los libros quiso que en buen hora me detuviese a contemplar el escaparate de una librería a la husma de novedades. Había escasos libros nuevos. Ya incipiente el verano, los autores y editores merman su producción, sabedores de que la gente se desparrama por el mundo en busca de aires puros, playas frescas, campos sanos y bosques umbrosos. La librería, pues, era un enorme bostezo; en su interior, empleados andaban con aire de sonámbulos o se desmayaban, lánguidos, sobre sus pupitres. Y por la abierta puerta, entraba hasta ellos el ruido de la ancha plaza, rebosante de chiquillería, de susurros de árboles y de loquear de pajarillos.

Iba yo a separarme del escaparate, cuando sentí una voz a mi espalda, que afirmaba rotundamente:

—Siempre te lo dije: la Trini acabará haciendo la carrera. Lo llevaba en la cara.

Otra voz contestó:

—Pero es que muchas veces las apariencias engañan. El que una muchacha sea abierta de genio no quiere decir que haya de concluir forzosamente así.

Y la voz primera replicó:

—El que sea abierta de genio nada más, desde luego; pero es que la Trini era abierta de genio, de estampa, de piernas, de qué sé yo cuántas cosas...

Volví la cabeza y me encontré con dos mujeres: la una, gruesa, bajita, semejante a un tonel; la otra, alta, larguirucha, un poco doblada de espalda. La gorda era la acusadora; la ahuesada era la que disculpaba a la incógnita Trini. La gorda comprendía que el papel de fiscal no puede acompañarse con calma y así hacía grandes aspavientos y se abanicaba furiosamente los temblequeantes y caedizos senos. La flaca, en

cambio, limitaba su gesticulación a una actitud admirativa. Ponía, por consiguiente, los ojos en blanco y la boca en redondeo, como un capullo pálido y sin vida; alzaba las manos a la altura del rostro



LOS HERNANES CORTESES, por Bellón.

—Señora; tiene usted unos ojos que con una sola mirada me ha hecho carbón.

—Pues como venga mi marido le va a hacer cisco.

menzó a gritarle al muchacho desafiándolo. Y mientras se lo decía, le sonreía, le guiñaba los ojos y se escondía el lápiz en... ¡Bueno! Donde las mujeres solemos esconder las cosas... Afortunadamente llegué a tiempo y todo pudo concluir en paz. ¡La Trini!... ¡Valiente pájara!...

—Pues luego dijeron que tu chico y ella...

—Dijeron... Dijeron... No digo yo que no ocurriera algo entre ellos. Cuando un hombre y una mujer juegan a esconder un lápiz, a lo mejor acaban los dos escribiendo juntos y de corrido. Es lo natural. Mi hijo, al fin y al cabo, no es un santo y la Trini es un demonio.

—Y que el hombre es fuego, la mujer estopa y viene el diablo y sopla...

—Si fuese verdad que el diablo sopla, la Trini debía pasarse constipada la vida. ¡Qué hembrá!... ¿Y lo que le pasó con el señor Fulgencio. El de los juguetes?... ¿Y lo que le sucedió con don Luis, el maestro?...

—Supe lo del señor Fulgencio. Lo que no sé es lo del maestro.

—Pues nada, hija, nada. Que lo alquiló la madre de la Trini para que enseñase a escribir y leer a la muchacha y que un día se los encontró de tal conformidad, que allí nadie desentrañaba cuál era el maestro y cuál era la discípula. Más bien parecían maestros los dos, porque don Luis enseñaba a la Trini y la Trini enseñaba a don Luis lo que podían, que no era poco. La pobre madre despidió a don Luis y éste desde entonces, anda por ahí diciendo que es una víctima de la enseñanza. ¡Otro sinvergüenza! ¡Te digo que está el mundo!...

—Una perdición, hija, una perdición. No puede una fiarse de nadie. Bien sabe Dios que, aunque siempre tuve por algo loca a la Trini, jamás pensé que llegara a tanto.

—Porque tú vives ajena a cuanto pasa a tu alrededor. Eres muy distraída y, además, no llevas tanto tiempo de conocerla como yo. Tú no eras vecina suya cuando la Trini tuvo las tifoideas, ¿verdad?...

—No. Me mudé después a su casa.

—¿Entonces tampoco sabes lo que le aconteció en aquel trance?... ¡Oh!... Pues es definitivo. Se enteró todo el barrio. Y ¡qué risas y qué comentarios provocó el caso! ¡Válgame la Virgen de la Paloma, qué holgorio!

—¡A ver..., a ver...! Cuenta... Cuenta...

—Pues verás... Cuando la Trini tenía dieciséis años cayó enferma con fiebres tifoideas. Al principio nadie, ni ella misma, concedió importancia al mal. Pero pronto hubo de hacer cama y, llamando al médico, se supo que las fiebres eran tifoideas nada menos. La muchacha se desmejoró rápidamente. Daba pena verla, la verdad. Porque la Trini fué siempre muy hermosa. Los colores de su cara se fueron como el humo. Los ojos, aquellos ojos suyos tan bonitos, se le huyeron medrosícos en las cuencas. Se le afiló la nariz, se le achicaron los

pechos, se le enflaquecieron las manos. Debía pesar menos que una pluma sobre el lecho, pues apenas abultaba bajo las sábanas. Pidió cierto día un espejo y quedose mirándose en él un buen espacio. Mientras se miraba, hallose tal, que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. ¡Daba una pena verla!... Ella, que antes cifraba su coquetería en que la viesen acostada los chicos de la vecindad, mandó desde entonces que no pasase ninguno para que no presenciaran la consumición de su hermosura. Siguió la enfermedad su curso y la Trini se fué poniendo más grave de hora en hora. Un día pensamos todos que había de morir. La madre estaba que se la podía ahogar con un cabello. Otra vecina y yo no nos separábamos de las dos infelices. Por la noche, cuando la fiebre era más alta, la enferma comenzó a dar señales de un gran desasosiego. De pronto llamó a su madre, abrazose a ella violentamente y, dando muestras de desesperación y llorando, exclamó repetidas veces: “¡Ay, madre, que me muero virgen!... ¡Ay madre que me muero vir-

gen!...” La vecina y yo nos quedamos de una pieza. ¡Figúrate!... ¡Qué pesadumbre irse al otro mundo tan enterita como nació!... Sanó la moza contra toda esperanza y, a poco de sanar, ya no hubiera podido gritar lo mismo, aunque se hubiese visto otra vez en trance de muerte... Lo que ella se decía: “Nos aprovecharemos, por si acaso”..

Hubo una pausa, tras de la cual las dos mujerucas se alejaron hipando de risa. Todo esto fué lo que conseguí saber de la simpática Trini. Ni una palabra más.

En la plaza de Santa Ana continuaba la alocada greguería de los chiquillos. Yo, plantado ante el escaparate de la librería, veía a los dependientes de ésta sonreírse como diciendo: “A qué, después de mirar y remirar tanto este tío, no va luego a comprar nada?...” En vista de ello faltome valor para defraudar sus ilusiones y, en efecto, me alejé paso tras paso sin adquirir volumen alguno...

JOSÉ A. LUENGO

Nuestro próximo número será el EXTRAORDINARIO DE VERANO. Magníficas

planas en color. 50 CENTIMOS.



UNA EXPLICACION, por Goñi.

Son ustedes muy mal pensados al creer que pretendo lucir mis piernas con la disculpa del zapato: Lo que pasa es que tengo un calor que me mondo.



Charlas de Incórdiez

Nos modernizamos

¡Digo si nos modernizamos! Cuando menos algunos fulanos están rayando a una gran altura en lo que respecta a las ideas ultramodernas de *amplitud comprensiva*, como dice un conocido mío al que escarnece su señora cuatro veces todos los días; dos con su consentimiento porque esas dos veces son decorosamente remuneradas, y otras dos de *tapadillo* y a hurto de él, porque son *de capri*, y para el exclusivo regodeo y delicia de la *interfecta*.

Este conocido mío que tira para *cebú* que es un prodigio, razona así o muy a la semejanza, lo que él denomina *amplitud comprensiva de las ideas modernas acerca de la mujer propia*: "A la mujer que es nuestra joya más preciada la teníamos hasta ahora en calidad de esclava; la obligábamos a llegar a lo ridículo en su recato, y labrábamos su desdicha con nuestro celo de moro *desigente e intransitable*. Y puesto que afortunadamente hemos caído en la cuenta de que la mujer es una joya, debemos lucirla como lucimos las delicadas y costosas labores de los joyeros. Debemos llevar la joya a la luz del mundo; para causar la admiración de las gentes y satisfacer nuestra vanidad sin hacer daño a nadie ni *denguno*. Debemos permitir que la mujer luzca sus bellezas íntimas tantos siglos entrapajadas con el sayal de las conveniencias sociales (que eran nuestro egoísmo), debemos permitir que luzcan las patas y los hombros y los glúteos y los flanes. ¡Qué triunfo la belleza! Así ellas nos amarán como a aman-

tes y noi nos temerán como a tiranos"...

Como podrán apreciar ustedes, si es que siguen leyendo, parece que razona el *lidiante* con cierta amable desenvoltura; pero yo sospecho que no hay que tragarse el paquete sin desenvolverlo previamente. ¡Por si las moscas!

Porque estoy conforme con que la mujer deje de ser aquella mora timorata, para convertirse en la graciosa muñeca moderna; pero con sus limitaciones ¡qué rediez! Bueno está que si nuestra señora está bien modelada, no amengüemos sus naturales encantos ni marchitemos la sonrisa sinvergonzona de sus labios de fresa (¡y no está gastado ni *ná* lo de los labios de fresa!) pero lo que no me parece tolerable entre caballeros cruzados de hombría y vergüenza es que consientan a sus esposas que lleven los solomillos a la disposición de las empresas, ¡eso, no, refajo! El que quiera mugir que muja, pero que deje tranquilos a los demás. Porque las mujeres eso es lo que tienen: se les permite que enseñen los brazos y ellas quieren mostrar

hasta ¡el timbre móvil. Hay que comprimirse en esto de las opiniones que hace la moda: La moda (¡que a mí me gusta un espanto!) es un pedazo de raposa que no puede con el *jopo*, y hay que mandarla y templarla. No se puede llegar a la exageración de algunos hombres modernos que tanto les gusta *lucir la jaca* y a tan temerarios extremos llegan en su ponderación, que le dicen a usted con el orgullo estereotipado en las defensas, "¡Se ha comprado mi mujer unas braguitas de crespón y encaje, que si las vieras ibas a volver al tiempo de la fruta!"; o este otro *madrigal*, "¡Está echando una grupa mi costilla que *pa qué!*"

Bien está que nuestra señora luzca su belleza comedidamente; pero que vaya tan en pelota y tan sugestivamente desvestida que cuantos la vean puedan elevarse a las regiones del deleite con solo hacer un ligero esfuerzo imaginativo con referencia a lo poco que dejan de ver, eso no. ¡Qué peineta!

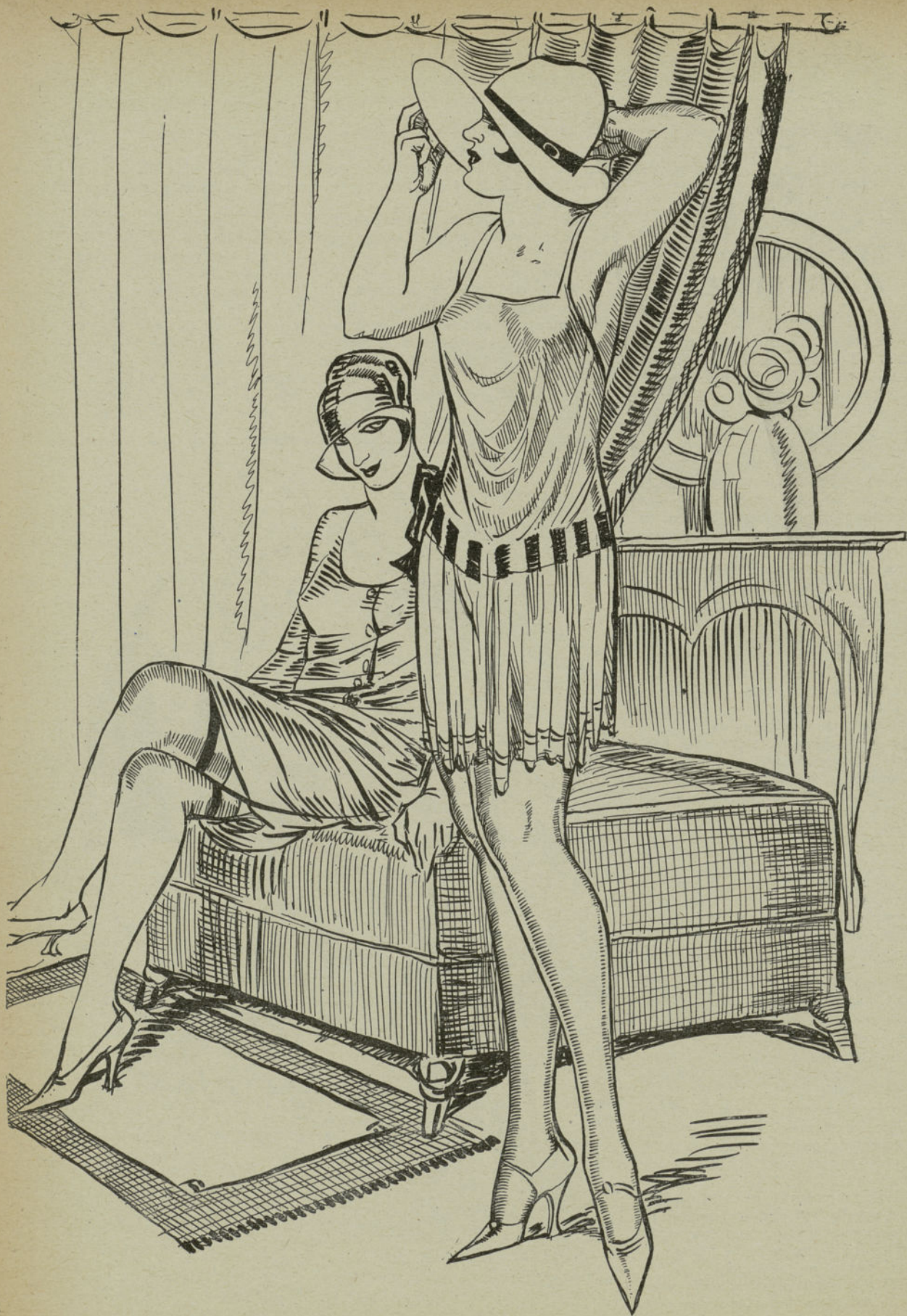
Vuestro y de ellas a la limón.

INCÓRDIEZ



BURLESCO, por Bellón.

El marido.—Dile a ese pollo que no te enseñe más la lengua o me lo llevo a la oficina para pegar sellos.



UN JUICIO RAPIDO, por Demetrio.

—¿Y sabe tu marido que tienes amistad conmigo?
—¡Ya lo creo!
—¡Qué cochino!



CONTESIANDO A INCÓRDIEZ.

ANTECEDENTES

Yo he dicho en un artículo que los hombres no conquistamos a las mujeres, sino que son las mujeres las que nos conquistan a nosotros.

Reconozco que con la misma facilidad hubiese podido decir lo contrario.

Esto para mí no suponía un gran esfuerzo. Mucho más trabajo me cuesta sacarme la raya cuando me peino, y lo hago todas las mañanas.

Sin embargo, dije aquello. Y hasta di unos razonamientos bastante conscientes.

Aquel día había yo comido muy bien.

Pero en esto sale Incórdiez muy indignado por una columna, diciendo que eso es falso. Que los hombres que entienden de estas cosas de faldas saben conquistar a las tías ricas, y para demostrármelo me dice que él estaba una vez en una reunión de señoritas muy desgraciadas y muy dadas a las cosas achuladas y marchosas.

Estas señoritas vivían en la calle del Horno de la Mata y tenían unas costumbres exageradamente modernas. Todas fumaban y decían muchas picardías.

Una de ellas, la más agraciada, se llamaba "la Lupe" y tenía fama de acoger con notoria indiferencia las caricias que le hacían todos sus amigos, así fueran éstas de un cobrador de la luz, como de un guardafrenos de Bilbao.

Pero Incórdiez se propuso interesar a la hermosa mula y para conseguirlo, con un gran conocimiento del corazón femenino, empezó a hacerla cosquillas en un pie.

Así estuvo un ratito.

Luego abandonó el pie y siguió haciéndola cosquillas por el principio de la pantorrilla.

Entonces, aquella señorita tan bella como fría, empezó a sentir por Incórdiez una gran pasión.

Esto lo demuestra, que suavizando su voz dura, le preguntó con una entonación romántica, qué era lo que tenía él en los dedos para hacerla gozar de esa manera.

Incórdiez comprendió por esta pregunta que aquella señorita iba camino de volverse loca por él y siguió haciéndole cosquillas en la molla de la pierna.

Y así estuvo un ratito más.

Luego, demostrando un profundo conocimiento del alma de las mujeres, dejó de hacer este entretenido ejercicio y empezó a silbar y a tocarse un botón del chaleco, como si estuviera distraído.

Pero no lo estaba. No. Esto era una combinación que hacía él porque es muy tuno. Era lo que se dice *un truco*.

Lo que pasaba es que Incórdiez estaba esperando el triunfo.

El sabía que siempre que se hace cosquillas en la pantorrilla a una mujer y luego no se las sigue uno haciendo, ésta queda prisionera de nuestro amor y rendida a nuestros caprichos.

Y así fué, en efecto. Porque aquella señorita, tan bella como fría, le dijo muy nerviosa:

—¡Sigue, leñe!

Y le dió un capón en la cabeza.

Como ven ustedes, Incórdiez había conquistado a aquella señorita, nada más que con su gran ciencia para el amor y con su noble y honrado trabajo de los dedos.

Esto hay que reconocerlo y debemos todos felicitarle.

MI RESPUESTA

Sin embargo, yo pongo algunos reparos a esta demostración que me hace Incórdiez.

Porque una cosa es conquistar y otra es enervar.

Lo mismo que una cosa es un bocadillo de jamón y otra una mesilla de noche.

E igualmente una cosa es un diccionario y otra un real de queso.

Para este caso tengo numerosos ejemplos.

Yo llamo conquistar a una señora el conseguir que una mujer nos quiera y que adelgace de amor hasta el extremo de tener que tomar la *tricalcine*.

Porque yo soy de esos individuos extraños y cortos de vista que creen en el amor y en Diego Corrientes.

Ahora, *solear* a una mujer es fácil,



CONFIDENCIA, por Picó.

—Pero, dime pequeña; ¿tú estas verdaderamente enamorada de tu novio?

—Te diré tiita guapa: Me confundo mucho con un primo suyo.

como pedir dos pesetas y que no se las den a uno.

Esto es una cosa esencialmente física en la que no entra para nada el corazón ni los sentimientos. Si a una mujer, así sea fría como sea de Valladolid, se le tiran pellizcos en los muslos es lo natural que se le hagan cardenales y si se pasa reptidas veces un tóstorero por una lija lo corriente es que acabe enamándose.

Pero éstos son fenómenos nerviosos y fisiológicos.

Es la palionda de los oscítilos que abraza al caluscado.

Esto un hombre lo puede conseguir sin necesidad de haber hecho grandes viajes.

También lo puede hacer un niño de dos años que accione bien y que sea de Lugo.

Todo es cuestión de dátiles y otras extremidades.

Pero lo que yo decía no es esto, Incórdiez.

Yo decía que nosotros no conquistamos a las mujeres en el sentido de enamorar que tiene la palabra.

Y si alguna vez nos ha gustado una mujer y hemos ido tras ella y al fin la hemos conseguido, ha sido porque también nosotros gustábamos a la señora, por nuestra manera de sonarnos o por cualquier otro motivo, que si no, a pesar de todos nuestros conocimientos, no hubiéramos conseguido nada.

Y, además, debes reconocer que el tipo de conquistador es ridículo.

Un conquistador es un idiota, que se dedica a hacer unas cosas muy raras.

Ve a una mujer en un café. Ella y él van todas las tardes.

Un día la ve comiendo un churro y se enamora de ella.

Y dice: "Me la voy a trabajar".

Y al día siguiente se limpia los zapatos y se pone una corbata muy bonita.

Va al café más temprano que de costumbre y ella no se fija ni en los zapatos ni en la corbata.

Entonces él la mira mucho.

Y ella se da cuenta.

El, al notarlo, pone una sonrisa de hombre que ha corrido mucho y se fuma un pitillo de Logroño. Después pone un gesto amargo de hombre que ha tomado muchas veces el tranvía de la Guindalera.

Y se fuma un cigarrillo de Canarias.

Cuando ella se ha dado cuenta de estos dos gestos, él inicia el tercero que es el que da mejores resultados.

Consiste éste en dar a entender con la expresión que se está profundamente enamorado de una mujer y que se está un poco hastiado de la vida.

Y luego, al final, es una sonrisa de optimismo que se lanza al mismo tiempo que se enciende un cigarrillo inglés.

Y alternando la sonrisa optimista, el gesto de melancolía, el de amargura, el de mundano y el tabaco canario, inglés y español, se está un mes.

Al cabo de este tiempo se hace presentar por algún amigo y desde este momento empieza la conquista verbal, que



—¡Pues señor; estos novelistas eróticos hacen todos el mismo escabroso relato de la enérvante caricia!... ¡Parece que todos han bebido en la misma fuente!

Dib. de Picó.

consiste en mezclar con los mismos gestos de amargura, melancolía y mundanismo, unas palabras que suelen ser éstas:

"Yo voy todos los veranos a San Sebastián."

"Está usted muy rica."

"Hoy he gastado quince duros en taxis."

"Cada día está usted más guapa."

Y cuando está de pie se apoya en el bastón, doblando un poco la pierna izquierda.

Y como pueden ustedes comprender todo esto es grotesco, y yo, que así lo creo, hablaré siempre mal de los hombres.

Porque yo soy así.

Reconozco que soy muy especial.

Pero me gustan mucho más las mujeres que los fulanos.

INDIRECTA FINAL

Bueno, Incórdiez, yo creo que debemos dejar esto.

Sean ellas o nosotros, el caso es ejecutar números, y esto, a Dios gracias, se hace con bastante frecuencia.

Y en vez de hablar tanto, más vale que me invitaras a cenar, porque todavía estoy esperando unas perdices, que yo esperaba volando, pero que, por lo que tardan, deben venir en un 17.

Ahora, por las noches, hay por ahí unos sitios muy frescos.

Hay luna, las niñas cantan "La canastera", huele a flores...

Y, además, llevando dinero, hasta se puede cenar.

Ya verás cómo nos divertimos.

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)

¡Ya te contestaré en el próximo número monín! Y contaré lo que te pasó con la traperera. Tuyo,

INCÓRDIEZ.

¡El próximo número será el EXTRAORDINARIO DE VERANO!! Precio: 50 CENTIMOS

TE QUIERO COMO TÚ ERES...

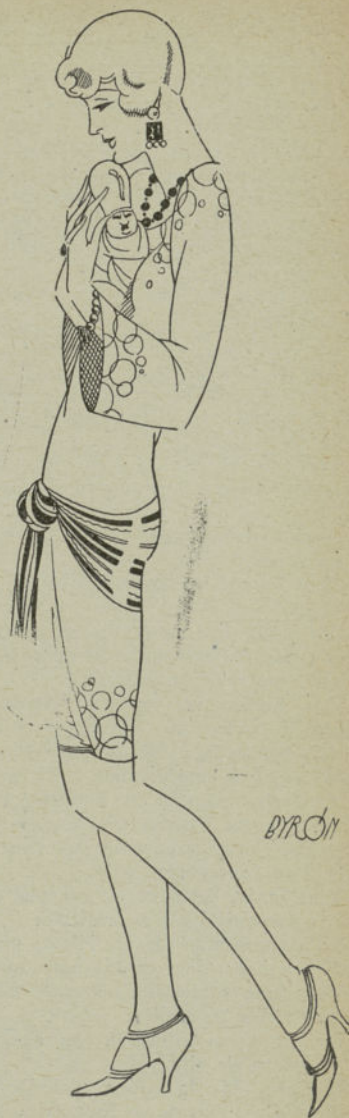
Eres, por inclinación,
orgullosa y dominante;
tus nervios son un tremante
cordaje en loca tensión.
Tu indómito corazón
manso se quiere volver
por no hacerme padecer,
y aunque siendo así, me hieres,
te quiero como tú eres
y no como quieres ser...

Te esfuerzas por dominar
tu indomitable albedrío

por ponerte a tono mío,
y no lo puedes lograr;
pues al querer ocultar
de tus garras el poder,
me gustas menos, mujer...;
por eso, aunque así me hieres,
te quiero como tú eres
y no como quieres ser...

Puesta en indomable fiera
eres cristal transparente;
tus instintos, fácilmente,
los adivina cualquiera;
mas, cuando en mansa cordera
vas tu fiereza a esconder,
de ti, todo hay que temer;
por eso, aunque así me hieres,
te quiero como tú eres
y no como quieres ser...

DELFY.



¡Cómo me gusta este idolillo de porcelana!
¡Y luego tiene esta forma de gorro
tan poética!...

Dib. de Byron.



FINURAS DE LENGUAJE, por Bellón

—¡Te voy a pisotear los bofes por casquivana!

—¡Llámame lo que quieras pero eso no!

Madrinas de guerra

Antonio Trillo. "madrileño", A. 7. Sargento de la Compañía Expedicionaria de Inca, núm. 62. Antel. (Larache.)

Juan Rosales Carrillo, Pedro Sumacuro Torres, Natalio Rodríguez Martínez, Felipe Romero Valiente (cabo), Francisco Cariete Ortiz, Ignacio Barba González, Antonio Lamojón, Juan Mollano, Julián Zuhescos, Diego Ruedos y Antonio Jurado López, todos del Batallón de Cazadores de África, núm. 13 en Alhucemas.

Antonio Olivares Gómez, Sargento de la Compañía Expedicionaria, Tetuán 45. Posición Ain Lay.

Los derechos del hombre

La leyenda existente de que sólo en Yankilandia pasan los sucesos más raros y absurdos hay que irla desechando por inexacta. De poco tiempo a esta parte Europa se está apropiando la hegemonía de la excentricidad, y cuando no crea un tributo al pelo a lo garçón, se mete con las faldas cortas o hace lo que acaba de suceder en Berlín; dar un espectáculo serio en la Opera Cómica (¡Oh, paradoja!) nada menos que para combatir la exaltación a la mujer...

¡Y todo esto en pleno siglo xx!...

Pero lo más grotesco del caso es que el espectáculo (el de la sala, no el de la escena), ha sido dado por una agrupación denominada *Los derechos del hombre*.

A mí me parece excelentísimo que los varones se agrupen para defender los derechos del hombre—no niego que me parece sea mucho mejor que las mujeres se agrupasen también para defenderlos—al fin y al cabo tal y como está constituida la sociedad el derecho del hombre debe ser algo, no digamos intangible porque sería algo absurdo, pero sí algo a respetar y a conservar inmune para el buen funcionamiento y prosperidad del mundo.

Lo que ya no me parece tan bien es que los varones confundan lastimosamente los términos y crean obsesionados que para ello deben combatir cuanto tiende a glorificar a las hembras.

Ahí en ese punto ya no estamos conformes. Ciertamente que deben mantenerse las distancias—no siempre, pero sí con intervalos prudentes—, cierto que no debe tolerárseles que queden como el aceite—aunque hay gustos en el mundo—, pero no es menos cierto que la mujer es (valga el símil vulgar) las botas de nuestra existencia que, cuando se sale a la calle hay necesidad de ponérselas ¿me explico?

Por esto, fundar una sociedad de mí-sóginos que se dedique a protestar de la mujer y a gritar sólo: ¡Viva el hombre! es un poco sospechoso y un poco cándido: ¡Viva el hombre!, no; ¡viva la mujer, bueno. Ahora, bien; no por esto quiero abogar porque se le den a la hembra todas las libertades y se le concedan todas las prerrogativas. ¡Nada de eso! Mal o bien desde que el mundo es mundo existe el precedente de que la mujer es nuestra media naranja y ello nos obliga a no estrujar su mitad ni a dejarnos estrujar la nuestra.

La mujer al fin y al cabo es un mueble imprescindible en la alcoba de nuestra existencia (¡vaya frase!) y como mueble utilizable hay que defenderlo y conservarlo. ¡Qué algunas, en mala disposición de ánimo pretenden hollar los de-

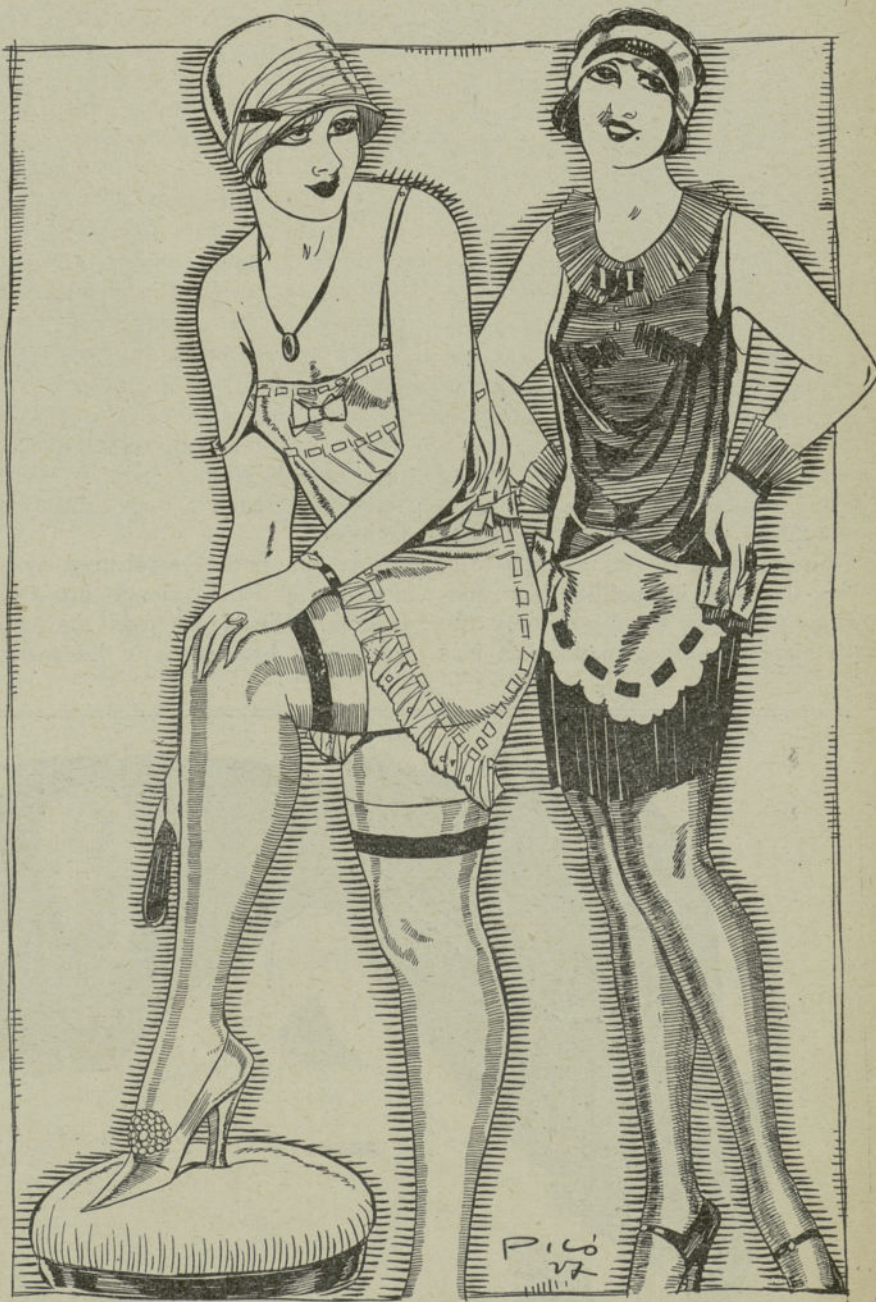
rechos del hombre?... ¡Es indudable! Pero ahí es donde viene bien el agruparse para la defensa o hacerlo por instinto personalmente además, que, ¡qué, caray!; no todas son iguales, y el talento está en quien lo tiene.

El hombre debe ser un ser superior capaz de discernir lo bueno de lo malo, y cuando encuentre a su paso una mujer dispuesta a sumirle a uno en el ridículo y la impotencia ahí es donde viene bien defender las prerrogativas y el derecho,

¡con mantener las distancias se está al cabo de la calle! Lo malo es cuando se confía uno y hace ciertas claudicaciones de las cuales ya no es posible retroceder. ¡Entonces es cuando se da uno cuenta que no hay derecho posible a defender!

Aunque afortunadamente no todas las mujeres son causa de la pérdida de nuestros derechos, pues si así fuera, ¡apañado andaría el mundo!

UN GATO DE LA CORTE.



UNA DONCELLA DE MIHURA, por Picó.

- ¿Y por qué no quiere la señorita que yo la calce?
- Porque no se lo que tienes en los dedos que me pones nerviosa.
- ¿Ha dicho nerviosa la señorita?
- ¡He dicho nerviosa!
- Será que se llama ahora así.

¡Ya está encima!

¡Me refiero al verano, caballeros! No hay que arrempujar y dar torcidas interpretaciones a las frases, porque no hay de que darlas.

Ya está encima el verano y ya están en pleno apogeo las noches caliginosas con sus paseos discretos a la Moncloa y la Florida, sus exhibiciones cursis de "recoletetas" a la caza del futuro y sus típicas sesiones al aire libre de cinematógrafo y parcheo a todo "film".

Yo no sé por qué causa, con esta época del año tan propicia al amor y al recreo coinciden dos fenómenos verdaderamente raros y sorprendentes sin una explicación clara; la subida de ciertos artículos alimenticios de primera necesidad—en particular las frutas y las legumbres—y el aumento de un sesenta por centenar sobre su dilatación ordinaria de las moradas ojeras de todas las pollitas bien, medidas ya en los veinte abriles y aún de algunas pollitas metidas en más

de veinte, que también se les dilata el morado cerco que es un dolor.

Si nosotros fuésemos psicólogos, quizá encontraríamos una fórmula explicativa de esa conexión de cosas raras y dispares, pero como no tenemos nada de eso, (de psicólogos), nos limitamos a apuntar el hecho.

Ahora bien—que decimos los literatos—. ¿Estarán íntimamente ligados el "cine" al aire libre con las berenjenas y los paseos nocturnos con las ojeras dilatadas? Estamos por creer que sí, al menos mientras no nos demuestren lo contrario.

Sí; indudablemente el "cine" y las ojeras tienen un punto de contacto, cuyo punto, suele ser el novio de la usufructuaria (que no pierde el contacto con ella en toda la sesión por temor a perderse en las tinieblas, y en cuanto a la subida de ciertos cereales o frutas, aunque se nos ocurre establecer un "paralelogramo" nos lo reservamos por temor a malas interpretaciones.

La otra noche, estábamos nosotros en el Prado viendo una truculenta película de esas que encrespan a los novios y les ponen

que no saben donde guardar las manos, cuando en la penumbra divisamos dos lindos pimpollos de esos de pelo a lo garçon, que ajenas al desarrollo de la cinta comentaban un incidente amoroso a media luz y a media voz.

—Oye—decía una de las nenas—. ¿Cómo no ha venido Alfonso esta noche?

—No me hables de él—argüía la otra muy enojada, poniendo un morrito mimoso como para sorbérsele—. Le he mandado a freír espárragos.

—¿Sí?... ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo ha sido?

—Es un exigente insufrible y a mí con exigencias no... Yo hago las cosas de *mutuo* propio, pero no por obligación, por eso anoche le puse las peras a cuarto...

Su interlocutora se quedó un momento silenciosa. Luego *sotto voce* y como para su capote la oímos murmurar un comentario que la verdad, no sabemos a que se referiría; lo cierto es que suspiró con un tonillo de voz mitad compasivo, mitad burlón.

—¡Pobrecillo; se va a arruinar!...

FIDEL PRADO.

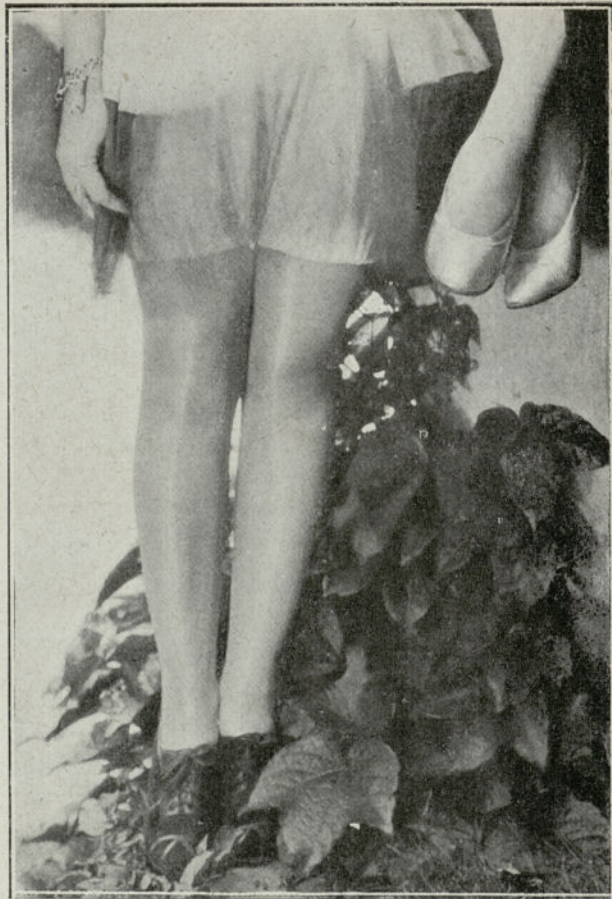


Ella.—Si sigue usted en su amable empeño de llevarme de viajes, le ruego que me haga conocer Italia.

El.—¡Oh, la lengua del Dante!

Ella.—Pues por eso... ¡Tengo una curiosidad!

Dib. de Byron.



Pronto: FRIVOLA. Revista de Belleza



CONCURSO DE
PIERNAS, PRIME-
RAS ZONAS DEL
MUSLO Y PIN-
RELES

LLEGAREIS A VER
EN ESTE CONCUR-
SO CADA PIERNA-
ZA, QUE OS VAIS A
TENER QUE SUJE-
TAR LA CABEZA
CON LAS DOS MA-
NOS



CONCURSO DE PIERNAS,
PRIMERAS ZONAS DEL -
MUSLO Y PINRELES - -

¡Ya están grabando las piernas
enloquecedoras!

Ya se está fabricando papel de
medida y satinación especial para

FRIVOLA

la gran revista de la belleza mundial.